JUAN BAÑUELOS

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

PRESENTACIÓN

por Rosario Castellanos

I

Es preciso recomenzar siempre, como la ola. Con la capacidad de asombro y de sorpresa íntegras, intactas. Con la espalda vuelta al descorazonamiento y la fatiga. Es preciso recrear incesantemente el mundo porque, si cierras los ojos, porque si te distraes se desvanece como una pompa de jabón en el aire.

Es preciso emprender la tarea cotidiana de inventarse, de inventar al hombre con cada acción cumplida, con cada palabra pronunciada. Porque lo único permanente en esta criatura "vana, variable y ondeante" es la necesidad de construirse, de rectificarse, de buscar un nombre que lo contenga y lo defina. De dar, a la materia de que está hecho —el tiempo— una figura mediante la cual se manifieste de modo lícito. Una figura que le corresponda y que conserve un poco del ayer y presienta algo del mañana pero sea sustancialmente hoy, el momento en que se cumple una profecía que, al fin, alcanza su inmediatez.

Invento, me invento según las reglas del juego pero las reglas no las recibo de nadie ni puedo dictárselas a nadie. Son válidas únicamente por una vez, por esta vez, en que descubro y plasmo un estilo.

Me salgo de esta hoja.
No sirve ya el papel.
No sirve el llanto.

El papel es un accesorio útil para el poeta que se da —entre los lujos del propietario— el ser dueño del "recado de escribir", esa impedimenta que se tira en la fuga, que se pierde y se extravía y se destruye en la prisa de este desplazamiento a otros niveles a los que no se arriba sin violencia, porque el futuro (como el cielo, cuando el futuro es sinónimo de justicia, de fraternidad, de alegría) padece fuerza.

Mi corazón ya sabe
su dirección de bala.
Mi boca se deshace
y su fulgor derrama.

Soy puras heredades
que los hombres reclaman.

Pero la fuerza se encierra en el puño, apretado, como cuando es el depositario de una gran semilla, del que lucha; y en el verbo, preñado de relámpagos, aterrador de claridad que, de pronto cae, y derrumba y alza un gran vocerío de pájaros dispersos, de aves fugitivas. Y a la luz de ese espanto ¿qué hacemos sino conocer y reconocernos? La soledad es una ilusión de ingenuos, es un privilegio que sueñan para sí los optimistas, es el fantasma que desertó de las últimas torres de marfil.

Yo me duplico en el espejo que me es infiel y que se entrega a las delicias sin fin del desdoblamiento. Si sufres no es por ti, que el sufrimiento sería medido y no desbordado. Sufres también con los otros, por los otros. Si mueres es por todos. Una misma sangre circula en las venas de una imagen y de su contraria. Una misma sangre de la que algunos perciben sólo el sabor de la sal y la llaman llanto y de la que otros no miran más que su rojez y le dicen amor y que otros, que no presencian más que su derramamiento, nombran caducidad y olvido.

Pero no hay soledad. No hay siquiera aquello, lo último en lo que quisieras refugiarte: distancia. Para hacernos soportable la terrible unidad, la terrible intimidad de la existencia trazamos líneas divisorias, principios lógicos. Yo declaro y sostengo que A es A, sobre todo, para asegurarme que A no es B. Que la piel es impenetrable y que nada puede romperla ni derribarla y menos que nada la contigüidad del próximo, del prójimo. Para apartarme, para aislarme, creo la ficción de la individualidad y acabo en la punta de mis dedos. Más allá no me importa, no me duele, no respondo. Más allá es territorio extranjero.

Pero en la poesía, que no es el lenguaje cotidiano sino palabra libre y verdadera, vuelve a resplandecer unido lo que en la profunda realidad está unido. La poesía es el árbol de las conciliaciones, es el reino "de lo que está cerca y junto", el paraíso de las evidencias últimas.

La ceniza amarilla de los niños silba una sed de flores
y de frutos y de pájaros y arroz

mientras en un rancho de Texas
se asa a la parrilla la res lazada en la mañana
y huele igual que el cuerpo en llamas de una madre de
Da-Nang.

Pero la palabra poética se despliega en un ámbito susceptible al ruido que crea confusión, a las distracciones que apartan la mirada de la cifra exacta, al asalto vandálico que despedaza en mis ojos quebrados el cristal en que se copia la totalidad.

De pronto hay un siseo por las calles,
silbidos destemplados, hay un fragor de oleaje.
Y los niños que corren tras el payaso del circo
que hace su última temporada
y la fresca alabanza que está en las rotativas
para el Intolerante.
Y el comercio que baja las cortinas para no ver el crimen.

En esta confusión

puede caer la noche cuando quiera.
Puede cerrar los ojos la ciudad.

Sólo el poeta se ha constituido y erigido en conciencia vigilante para adivinar lo que se oculta bajo las apariencias, lo que se enmascara detrás del rostro demasiado familiar que se exhibe a la curiosidad pública.

Éste es nuestro país
que tiene sobre el Pacífico el vientre en exceso
abultado.

Tal es la figura. No la que los pintores de calendario han deformado para hacerla semejante al cuerno de la abundancia.

Es el grito hecho boca...
No vale contar más.
Los obreros textiles, las majadas de ovejas,
los ferrocarrileros, la granada y el higo
y la leche y la viña y el maguey y el caballo
y todo lo que brota de la tierra
y se mueve y se yergue
limpiaron sus labios en la camisa del hambriento.

Campesinos sin tierra, sindicatos:
somos una mirada perseguida.
Oh, libertad,
tu nombre en mi país
se dice hambre.

Porque el alimento terrestre se paga en especie espiritual. ¿Quieres comer? Niega lo que atestiguaste, dale a tu alarido de dolor un esguince de burla, finge una hipóstasis de desafío. Juega el juego de la gallina ciega, confunde lo que toques sin mirar, trastrueca los nombres de las cosas. Entra en la ronda en que la serpiente se muerde la cola. ¿Qué más da entremezclar el principio con el fin si no es más que un círculo? Toma cualquiera de sus puntos y declara desde allí una totalidad que sólo presupones, que nada te permite comprobar, miente. La mentira es el primer eslabón de la cadena. Si haces que tu mentira sea creída por el que te escucha habrás forjado el otro eslabón. Y si consigues que la mentira se repita la cadena dará vueltas en torno a la cintura del mundo.

Allí estarás tú, seguro, como Prometeo atado a su roca. Un buitre, un águila, un pico rapaz te cava el hígado. Pero no toca nunca el centro, lo que escamoteaste cuando mentiste, lo que dejaste fuera cuando consentiste en usar el idioma que sirve a los otros como herramienta útil.

Estás haciendo el gran juego. Apuestas a esta cara de la moneda y pierdes porque la moneda ha rodado de mano en mano hasta que los roces sucesivos han borrado la nitidez de un perfil y lo que apresas entre tus dedos no te vale para comprar nada de lo que eras menesteroso; lo mismo que el Cholo Vallejo no puedes conseguir a cambio algo de comer, de beber, de reposarse y te tienes que ir, con el paso tardo del que padece aherrojamiento, pues cuando te levantas eres como un animal

herido, guardando penosamente
el equilibrio sobre las dos piernas traseras.

Y allí, desde esa tribuna ridícula, profieres las palabras que han de salvarte, porque son palabras que, como

hijas de la vida,
sufren, paren, también tienen sus muertos.
Y en la honda capital de la miseria
las armé de fusiles y de verbos.
En esta patria muda, perseguida,
donde hasta el aire mismo va a dolernos.
Yo fui el autor:
lo que suena a dolor me suena a pueblo.
Nací en el Sur. Mi nombre:
Juan Bañuelos.

II

El hombre, este hombre acaba de inventarse ante nosotros. Es actual, concreto. Tiene su propia historia, su origen, su desarrollo y está

entre el moribundo y el muerto

y contempla su condición humana en el arbolado corazón de su padre, en aquel que ha cumplido con todos los requisitos de la parábola y ha terminado su trayectoria y se convierte en el ejemplo de lo que se es: dador de la vida.

La vida que tú
me dejaste, padre,
es la yegua gris
que monto. Me tira:
la monto; la monto:
me tira. No importa.

Duro oficio que todos los días se aprende y a cada minuto se olvida. Oficio de vivir, de ejercitar los sentidos, las potencias de decir alma con tal de no quedarse mudo; de decir eternidad para aplacar la angustia, de asirse, cuando no hay una verdad, a una cer-

tidumbre cualquiera, a algo que cubra nuestra desnudez de antropoide calvo, de hombre desollado.

Los días van escribiendo en nosotros,
nos sellan como actas de juzgado
y luego hablamos de ellos
como si fueran personas conocidas.
He aquí que sentamos
en nuestra mesa a la hora más grave
y le damos un trato de recién venida.
(Nadie nos preguntó, al llegar,
si sabíamos mucho, si ignorábamos, o si nada más éramos
herederos del ojo del espanto).
Y esto es de siempre.
Hoy tengo la cara de niño enfermo
que no quiere ni comer ni jugar
y que habla a solas.

Hablar, eso basta. A solas para dejar de estar a solas. Para exigir un interlocutor en cuya boca anide esa brasa desnuda que es la palabra, que es el diálogo, que es el amor: lo tangible, lo presente, el cuerpo.

Empiezo a contemplarte
desde tu pie dormido en el aire,
tus piernas puntuales mientras subo mis ojos
se dan cita en una dársena negra, sitiada
por húmedos carbones, carbones de labios,
labios de lianas.

Toda la naturaleza coadyuva para que cobre volumen y cualidades sensoriales este objeto al que da configuración la mirada y tersura el tacto y se posee oliéndolo, como una flor, y penetrándolo como una mina porque es superficial y profundo, extremadamente preciso en sus límites pero también, y por ello mismo, ilimitado, confundido con la totalidad. Y el que ama se rompe para dar acogida a la plenitud de la cosa y se cierra para que la cosa quede encerrada y es la contradicción y la superación de las contradicciones y es la apelación a la lógica para hacer burla de la lógica y es el puerto en que encalla el que sale en busca de la eternidad, pero es también el desistimiento de la búsqueda de la eternidad.

Como la muerte el amor es sólo una estación, no un término y mucho menos *el término*. Y es necesario continuar porque la tarea del poeta es tarea de dar nombre al mundo, es inacabable pues el mundo es cada vez más amplio y más numeroso.

Una galaxia es una corza blanca y yo enumero y voy reconociendo:
arrecifes como espectros, cebras espaciales,
hombres a los que hago habitar la claridad,
hay tantas cosas que no me dejarán decir,
hay una quijada dócilmente dormida entre los cactos.
Aquí, en la tierra, donde la azada contra el cielo
corta el pan de la sombra,
donde el abismo es para el ojo lo que el silencio al
instrumento músico:
el cuello arborescente de una dormida tempestad.

Dar nombre. Pero también estructura. Orden, jerarquía, ¿qué otra realidad es la belleza sino que el ojo descanse en la contemplación de lo creado?

A la vocación creadora se entrega Juan Bañuelos con plena conciencia, con lucidez, desdeñoso del entusiasmo barato que es el licor con el que se embriagan los que quieren obligarse a tolerar la mediocridad del ambiente, a saciarse con el aplauso de aquellos que ni siquiera escuchan y mucho menos entienden.

Me inclino, dice Bañuelos en su primera declaración de estilo, "por una poesía de visiones, porque sé que lo real es lo que crea la imaginación. Producirlo significa extraer de la suma de las cosas reales su significación fundamental y encarnarla en una imagen".

Encarnar, construir una casa para el viento, dar un pulso a lo que transcurre y oír en cada pulsación el latido del universo. Aguardan su turno, lo pequeño y lo grande, para adquirir presencia. La mudez de la piedra ya no será perpetua.

Levanto mi mano y digo a mi alma: "sal de tu cueva,
loba". Y mi alma, soltera vagabunda, preñada de mil
hijos, sale a gritar, se pone enmedio del pecho la palabra
y roba pluma al viento.
¡Oh, pueblo mío! Te reconozco en la riente sal donde
gorjea la alegría, donde todo regreso es volver a encontrar
y toda inocencia es siempre anterior:
crecida de aguas antiguas.
¿Quién entre la multitud dirá que bajo el oro de la noche cae
una asechanza pétrea, y que en la frente del poseso
fermenta el caos y la eternidad?

Resonancias de antiguos mares, de antiguos cantos sobre el mar entran en la fermentación y se vuelven materia de la que va a salir el testimonio de un hombre que si alcanzó a saber de lo inmenso fue porque alcanzó a palpar con exactitud sus límites: el cuerpo, el lugar, el idioma, la época. Sí, esto contra lo que se embiste en cada respiración, esto de lo que se retira el ímpetu a medias derrotado, a medias victorioso. Esto, la situación, que dicta el estilo cuando se aspira auténticamente a ser "escriba de su tiempo".

POESÍA

de Juan Bañuelos

CARA I
Duración:
19' 25"

PROFECÍA INMEDIATA

Me salgo de esta hoja.
No sirve ya el papel.
No sirve el llanto.

Vengo de dar un doble puñetazo
En la mesa del hambre y de la usura.
Vengo de atar el miedo a un rayo desbocado,
De recoger la nieve que desciende,
De convertir mi alma en una seca piel.
Vengo de dibujar el blanco
De una bala en mi frente,
De llevar la mañana a los ojos nublados,
De sacar a la calle al luto y a la fiebre.

No sirve ya el papel.
No sirve el llanto.
Escribo en las paredes.

BALADA DEL GUERRILLERO

A Eraclio, el del barrio de San Roque

Y si muero en campaña
o podrido en la cárcel,
sabrán que tuve el arma
empuñada y que aún nace
combatiente en el alba.

Mi corazón ya sabe
su dirección de bala,
mi boca se deshace
y su fulgor derrama.
Soy puras heredades
que los hombres reclaman.

Salgan pronto a las calles
manos mías, hermanas,
salgan pronto a los mares
de multitud airada
como dos largas naves.

Y si muero en campaña
o podrido en la cárcel,
sabrán que tuve el arma
empuñada y que aún nace
combatiente en el alba.

VIENTO DE DIAMANTES

La Eternidad está enamorada
de las obras del tiempo.
W. Blake

Lo mismo que Adán sumergido hasta la alondra del silencio,
sucio de humana noche en que he caído, rompo todos los
(pronombres
para tenderme en el día óseo de la plenitud.
Acudo ebrio de musgo y tulipanes hasta las criptas de las piedras
o de los ríos secos, donde muerden al silencio cárabos crepusculares
y en donde un hombre solitario se hinca.

Pisando soledad entro en el día, porque es dable a las criaturas
ver su hora crecer para hallar luego algo de los mortales
en un grano de arena. Mas también bajo las gradas seculares
y diviso el humo de las chozas de los hombres,
veo los caminos cotidianos, las nubes que anuncian el otoño
y a la mujer grávida de su fruto sentada en su hamaca
viendo pasar las horas.
Y me muevo con las hierbas
y con el menor movimiento del caballo, y siento que dentro de mí
(corro

como ese río que estoy viendo que avanza.
Y miro alejarse la carreta del último cosechador.

Igual que una palabra lanzada a la mitad del mar
caigo en el seno del prodigio. Y como el minero que se cubre
con las manos la faz cuando de pronto, ciego, reencuentra la luz,
así la dulzura levanta su toga y me envuelve temerosa.
Ay, el hombre soy y no lo había advertido!
el amparado por dioses tutelares de la iniquidad, el que frecuenta
y ronda tanto rencor taimado del polvo con su cauda de crines
(blancas.
El hombre soy, mas no me basta!
porque el sol tiene su trigo en llamas y el mar tiene los ojos
tocados por la gracia.
El hombre soy
pero toda cosa nacida con la aurora, con ella muere,
y toda criatura que engendra la noche
con ella se aleja porque oscuro es su linaje.

Todo pasa.
Y como el agua y el sol, también todo queda. Un silencio
que se sienta a esperar el primer ruido. Nuestra imagen
que se pierde y se encuentra como el humo
que no es más que el eco del fuego. No otra cosa
que la espuma negra que va haciendo el arado sobre la tierra.
Y lejos de la memoria del viento que dejaron las épocas,
un olor de centeno y anís hace volver los pájaros.

Y porque el horizonte no es más que una hoja larga de perfil,
dejo que mudas tribus de peces muerdan los guijarros,
dejo que brille el hocico del jabalí en la noche
y que bajo el zumbido de las abejas los bueyes trillen la mies.
Ay, reivindicación bañada en el ojo inocente!
Oh, exultación del mar sostenida en el resplandor!
¿De qué remoto sueño hemos caído?
¿Por qué somos una rueda que grita enloquecida?
Ah! triste es nuestro paso, en verdad.
No más que olas somos! Nos levantamos brevemente...
para seguir siendo mar.

FRASES

Aguas que van hacia la vida,
crisálidas de roca
la tentación y la promesa
¿quién las resiste?
En el telar de aquellas aguas
a contraluz resplandecían las horas
como espadas bruñidas por la sangre.
¿Tiene el pedrusco el corazón del fuego
que guarda el pedernal?
¿El respiro del clavo en la madera
no suscita la imagen del martillo?
Qué extraño fruto somos.

El miedo es la mitad de la muerte.
Contra la felicidad de los amos,
contra el linaje de la usura,
los que espiamos dentro de nosotros
cercenando nuestro nombre,
hemos aprendido a ver
la imagen de nuestro semejante.

EN VIETNAM LAS PÚAS GOTEAN NUBES DE CORDEROS

Gusanos de sesenta inviernos aspiran sangre y el fosforescente
silencio del Napalm.
La ceniza amarilla de los niños silba una sed de flores y de
frutos, de pájaros y arroz,
mientras en un Rancho de Texas se asa a la parrilla la res lazada
en la mañana,
y huele igual que el cuerpo en llamas de una madre de
Da-Nang.

La mueca torva del fusil se hunde en las cuevas de estómagos
hendidos; las púas gotean nubes de corderos
y el esplendor del aire es un vellón sombrío.
Todo. Todo será bajo las mangas de helicópteros
y del monzón que rueda como un tanque ciego. Todo será.
Y la muerte en cada bombardeo no detendrá al sol.

Decid en cada calle, en cada casa de todas las ciudades, que en
cada fosa que se cierra un arrozal furioso se levanta
(yo no conozco, hermanos, vuestras tierras, pero veo las fotos,
alguna rápida película, y lo sé todo:
Y en la estremecida quietud de cada rostro sorprendo el incendio
deslumbrado de un pueblo,
para que el futuro comience allí donde se acaba la palabra).

HUELGA DE HAMBRE

...en una patria muda y a la que también se quiere condenar a la sordera.

Manifiesto de los huelguistas de hambre de San Carlos por la libertad de los presos políticos, en México.

1

La tarde comenzó a soplar
Su rencor contra la noche.
Yo caminaba
En una larga calle de comercio
Donde la gente compraba vestidos,
Comestibles, o simplemente
Miraba.

—¡Pase usted, ésta es la casa que vende más barato!
¡Pase usted!

¡Qué sucio cuento —en verdad— es esta larga calle
De comercio! (Ya empiezo a recordar
A esas ratas viscosas que garraman en las bodegas).
El trompo de las sombras zumba adormecido.

De pronto hay un siseo por las calles,
Silbidos destemplados, hay un fragor de oleaje.
Y los niños que corren tras el payaso del circo
Que hace su última temporada,
Y la fresca alabanza que está en las rotativas
Para el Intolerante,
Y el comercio que baja las cortinas
Para no ver el crimen.
Y está la policía de cuerpo azul
Como un cuchillo ebrio.
Total:
Un ajetreo súbito de féretros
Y el sufrimiento que se va alargando
Como un machete cuando se desenvaina.

2

Puede caer la noche cuando quiera.
Puede cerrar los ojos la ciudad.
Pero no duermo.
No vivo, estoy lleno de espanto.
Arriba hay un cielo ásperamente limpio
Y la luz de la luna —tierna loba— a través de la puerta
Lame los piececitos de mis dos pequeñas hijas.
Abajo hay un oscuro en pálido, hay
Una manotada en bestia acechante.
Y mientras duermen nada está en reposo;
Algo se mueve y se abre paso hasta mí
Y oigo que un perro camina por la calle.

Un perro en la calle;
Ese sonido de patas sobre el asfalto
A las dos de la mañana, ese ruido babélico
Que produce con el hocico
Al remover la basura y la noche.

Un perro. La calle. La luna.
Mientras caigo en el sueño
El grito de un animal sin rostro inunda mi cuarto.
Se escuchan estallidos de casas y avenidas,
Una daga en el vientre,
Y el grito del hambriento, el grito
Que se apoya en las puertas,
Contra los monumentos
Y en las paredes de los ministerios.

Luego es un soplo.
Ese ruido de resaca que sale
De los perros sin lengua.
Luego es el miedo igual
A una delgada hiedra subiendo por la piel
Y girando en la lengua como el disco
De un teléfono loco.
Luego es el odio una callada puerta
(Y lo que queda del odio
Es un ácido beso
Y es una mala ropa).
Pasado el frío es el silencio,
Ese huraño silencio de la noche
Que levanta su cresta de iguana negra.

Pero no duermo. En la ciudad
Se oye un redoble de tímpanos. En la ciudad
Hay varios compañeros declarados
En huelga de hambre.

3

Sin palabras, sin labios, sin ojos, el hambre
Se acuesta en esta hoja.
Y le arranco la piel,
Deletreo su nombre de déspota
Mientras la herrumbre del día va gastando la tarde.

Éste es nuestro país
Que tiene sobre el Pacífico el vientre
En exceso abultado.
—¿Quién dirige el tránsito a la hora señalada?
No vale preguntar.
Es una voz que quiere atrapar a alguien.
Es el grito del hambre
Que a través de los ojos se abre paso en los niños,
Que a través de una arruga se abre paso en el viejo,
Que a través de su vientre en la mujer se abre paso,
Que a través de la celda se abre paso en el preso,
Que a través de las rocas, de las plantas
Y de los animales
Se abre paso en la tierra.
Es una voz que quiere atrapar a alguien.
Es el grito hecho boca.

No vale contar más.
Los obreros textiles, las majadas de ovejas,
Los ferrocarrileros, la granada y el higo,
Y la leche y la viña, y el maguey y el caballo,
Y todo lo que brota de la tierra
Y se mueve y se yergue,
Limpiaron sus labios en la camisa del hambriento.

Campesinos sin tierras, sindicatos:
Somos una mirada perseguida.
¡Oh libertad,
Tu nombre en mi país
Se dice hambre!

4

Ya está.
He aquí que me levanto y que parezco un animal
herido guardando penosamente el equilibrio sobre las dos
piernas traseras.
Ya está.
No me espanta tu cara. Te saludo, oh madrota de la promiscuidad; oh hambre, vagabunda demasiado conocida en los barrios. No me importan tus señas obscenas de borracha.

¡TOMA!
Te escupo y bien sabes que estoy del lado de la vida.
Malinche de la usura y de los bancos, yo no te voy
a hartar ni seré cómplice (¡oh cara patria, estás a bárbara
cadena!)
Ya está.
Mi lengua es la cola de un cetáceo que azotará la espalda de tu noche.
Ayudaré a tu fin, hasta que en el ojo de cíclope
que tienes
yo hunda el hierro candente de una hoz.

5

Aquí en México escribo estas palabras.
Juan me llamo:
No soy nadie
Y soy el pueblo,
Fui gemelo y por dos me voy muriendo.
Aquí en México escribo estas palabras,
Les doy ocupación el día que cumplo años.
Les doy su justo nacimiento.
El día que cumplo engaños
Soy un propósito de tiempo.

Las palabras son hijas de la vida.
Sufren, paren; también tienen sus muertos.
Y en la honda capital de la miseria
Las armé de fusiles y de verbos
(En esta patria muda, perseguida,
Donde hasta el aire mismo va a dolernos).
Yo fui el autor;
Lo que suena a dolor me suena a pueblo.
Nací en el Sur. Mi nombre:
Juan Bañuelos

CARA II
Duración:
20' 5"

REDOBLE BAJO UNA CEIBA

(POEMA NÚMERO 2)

Entre el moribundo y el muerto
Cómo zumba el asombro,
Cómo zumba el insecto burlón del silencio;
Cómo en esa mirada de pez sobre la arena
Sube la marea de la preñez amarilla
Del espectro;
Cómo su boca se abre
Sin estruendo;
Cómo su frente es un paisaje
Ya sin viento
Y un día breve es su mejilla.
En su mano derecha
Hizo su tálamo el tiempo.
El cuarto es un planeta a la deriva
Que encallará en su pecho.
El gruñido lejano de una puerta
Desova la noche entre sus huesos.
¡Qué proa su nariz hendiendo el alba!

Un invisible animal se duerme en sus cabellos.

REDOBLE BAJO UNA CEIBA

(POEMA NÚMERO 7)

Esta vida que tú me dejaste,
padre...

Poema anónimo de Chiapas.

—La vida que tú
Me dejaste, padre,
Es la yegua gris
Que monto. Me tira:
La monto; la monto:
Me tira. No importa.
(No sirve la espuela
Ni la brida. Dando
Tropezones ando,
Hasta que me duela.)

Látigo silbante
Que nos desfigura:
Esta pena es dura
Y el vivir constante.

—Y esta vida que tú me dejaste,
Padre,
Es la yegua que también montaste.

NOTICIA

Cada día al llegar a la oficina
Saludamos con ese ademán
Dejado a la costumbre,
Nos miramos la risa polvorienta,
Queremos que alguien hable por teléfono
Y callamos.
Los días van escribiendo en nosotros,

Nos sellan como actas de juzgado
Y luego hablamos de ellos
Como si fueran personas conocidas.
He aquí que sentamos
En nuestra mesa a la hora más grave
Y le damos un trato de recién venida.
(Nadie nos preguntó al llegar
Si sabíamos mucho, si ignorábamos,
O si nada más éramos herederos del ojo del espanto.)
Y esto es de siempre.
Hoy tengo la cara de niño enfermo
Que no quiere comer, ni jugar
Y que habla a solas.
Con ternura me estoy cosiendo los ojos,
Me estoy peinando la sangre
Como un cabello espeso.
Mientras me digo cosas que ya olvido,
Mientras husmeo la basura de la calle
A través de vidrios movidos por las moscas,
Leo, como viniendo de un viaje:
"Dos cosmonautas rusos giran
Alrededor de la tierra."
Tengo vergüenza de estar triste.
Estallo.

BRASA DESNUDA

Es el momento del deseo.
Acostada, desnuda,
te extiendes como la piel de una colina mordida por el sol.
Empiezo a contemplarte desde tu pie dormido en el aire,
tus piernas puntuales, mientras subo mis ojos,
se dan cita en una dársena negra, sitiada
por húmedos carbones, carbones de labios,
labios de lianas.
En este instante cumplo la edad del deseo
en el rostro más tierno de la tarde.
La fruta resbala,
cada minuto crece, se hincha ardiendo.
A las seis del espejo entro en ti
como el huésped más esperado,
sencillo como el río del día
te cubro con mi piel de hombre,
soy la lengua que recorre tus venas para callarte,
te quito los ojos dolorosamente,
te doy otros dos brazos para pesar la vida,
mi boca llovizna en tus pechos,
rayo tu espalda para escribir tu nombre,
con mis huesos te hablo,
tu quejido es el más largo que escuchará la noche.
Qué animales humanos más hermosos.

Cuando quedamos solos, desnudos cuando termina todo,
graniza la sensación de que el aire
nos ha descubierto.

EL DESCENSO

Tan solitario y tan nunca el hombre solo
(su más breve latido dura un año terrestre
sus más largos años el latido de un sol;
su más leve quietud lo lleva hasta la estrella más joven)

E. E. Cummings.

Un pájaro cegado por la línea ecuatorial
al paso de un cortejo de heliotropos, deja oír
un canto que incendia donde cae.
Es una voz de eclipses parecida
al crecimiento de una roca,
al oírla
los sueños de los peces son peces que hacen abrir los ojos de las (aguas.
Hay un tatuaje de llamas de par en par,
de árbol en árbol se hace más vasto el mundo,
de planeta en planeta el cosmonauta hace cambiar
su ariete de recuerdos terrestres
y abrigado de labios siderales, baja su torre desatada
como un río inasible con troncos apagados.
Bajo la rama de una constelación, si muevo la mano izquierda
estoy en un anillo de Saturno. Contemplo el paso de un meteoro
y el Polo Norte sigue humildemente al último verano.

Desciende la nave espacial.
Y a la hora en que los muertos flotan en los ojos de ciertos
pájaros que emigran,
la Tierra (ah tan nuestra)
es una vasta imprudencia bajo el cráneo de un lobo,
en ese instante en que el nautilus se mueve en el fondo de los mares,
en que un nardo antípoda desanda su lejanía olorosa
y cerca de la nave cruza inconsolable
un cometa con paso de faraón envejecido.

Hay pétalos de miedo que caen al pie del horizonte,
y sin embargo busca la planta otro planeta,
y sin embargo el cuervo cercado por los años
vozna en la cara escondida de la luna.
Algún día lo sabremos:
el molusco y su apoteosis en el ojo de una nueva Babel,
la hortensia en su balandro de abedules en camino
hacia la edad de cadmio de la nueva ciudad y su temblor de soles,
en la que eternaremos bajo el hielo y el frío
y tú, y yo, de setenta o cuarenta o ciento cinco años, resueltos a
no morir,
naceremos con memoria despertando la humareda de los siglos
al galope del animal perdido que se despeña en nuestro pecho.

Una galaxia es un corza blanca, y yo enumero y voy reconociendo:
arrecifes como espectros, cebras espaciales,
hombres a los que hago habitar la claridad,

hay tantas cosas que no me dejarán decir,
hay una quijada dócilmente dormida entre los cactos,
aquí en la Tierra, donde la azada contra el cielo
corta el pan de la sombra,
donde el abismo es para el ojo lo que el silencio al instrumento
músico:
el cuello arborescente de una dormida tempestad.

Desciende la nave del espacio.
Y yo bebo el asombro como bebo este vino tembloroso
que es un pez largo y con los ojos cerrados.
Y no es que esté dormido, sino que en medio de la noche
me despierta la multitud celeste,
y no soy más que aquel que resucita lo que los hombres sueñan,
el esqueleto que ya siente el fresco rocío.

Una onda en el mar de la noche,
y la cápsula imantada nos suscita
el relincho del potro que modula el eco de los montes
y el paso dromedario de la luna.

Hay pétalos de aurora que caen al pie del horizonte.

TIEMPO DE LA CONSTRUCCIÓN

Tiempo,
yo no sé si noviembre sepulta el paisaje, pero
hoy me he puesto a cantar y caigo sobre mi rostro
como una piedra insomne.
Tiempo,
mi lengua arde y estoy cantando aquí, sobre la
tierra, de pie en el tronco de amor que me
preocupa.
¡Ah pueblo mío! ¡Te reconozco! Te reconozco bajo
la sombra de la ausencia.
Levanto mi mano y digo a mi alma: "sal de tu
cueva, loba". Y mi alma, soltera vagabunda preñada de mil
hijos, sale a gritar, se pone en medio del pecho
la palabra y roba pluma al viento.
¡Oh pueblo mío! Te reconozco en la riente sal donde
gorjea la alegría, donde todo regreso es volver a
encontrar y toda inocencia es siempre anterior:
crecida de aguas antiguas.
¿Quién entre la multitud dirá que bajo el oro de la
noche cae una asechanza pétrea, y que en la frente
del poseso fermenta el caos y la eternidad?
¿Quién no oye el amargo grito de la bestia y no
rememora el verano que se quiebra como un oscuro vaso?
Entre el sabino y el oyamel ondulante se enreda
la hoguera, y el tiempo se presiente como la súbita
pulsación de una ola vasta y olorosa a tierra próxima.
El juramento nos baña, se hace amarillo el polvo
y amanece.

En nuestro fin ardientemente danza el nacimiento.

Labor de sedición la de la sombra y la piedra. Mas
yo no vine por el vellón de las ovejas, ni por las
minas de ámbar ni las de oro, ni por la carga de
café que los mercaderes sacan por la aduana,
sólo he venido a aportar el peso de mi mano que
ha sabido trazar los horizontes, mi mano que no
descansa y obedece.

¿Qué hay detrás de mí?
¿Qué hay delante de mí?
La soledad, que despierta como un ciervo y levanta
lentamente la cabeza entre las ruinas que dejan las
luchas de los hombres y las batallas del espíritu.
¿Qué hay detrás de mí?
¿Qué hay delante de mí?
Vengo de más lejos que el grito de mi nacimiento,
porque nací cuando yo quise. Fui tropezando de
planeta en planeta y el peso de la noche cayó sobre mi pecho.
La rueda del pavor giró dentro de mí, la locura sopló
las velas del conocimiento y en el último escalón,
sudor de muro destiló mi frente. Ahora vago sobre
un planeta que ya no reconozco.
Mas alguien soñó. Alguien olió el agua animal de
las generaciones. (En medio de los huracanes ¡cómo
late el corazón del silencio! La noche es un tronco
caído y reducido a eco.) Lento como la vida de
los minerales me humedecí de aurora ¡Oh arco
iris, efímero relámpago pintado! Memoria azuzada
por las milicias del silencio ¡Oh mar, gigante corazón
de un pez que sueña!
Nada había ya que retener, nada era desacorde y
todos habíamos bebido el desasosiego. El color del
tiempo manchaba nuestras ropas y el lado trigo de
nuestros rostros,
y el Texto de la Demencia era abierto al saqueo y a
la usura.

Las rutas de la alianza se abren sobre la sal blanca
del mensaje.
A lo lejos, el viento oprime sus sueños en los flancos
de un caballo que delira, y un hombre como yo
dentro de mí se tambalea y se hunde, cae y vuelve
a levantarse, apedrea mi corazón, nada en mis venas, subleva
a mis sentidos, echa raíces en mis huesos
como una ceiba, sacude a mi cuerpo como
el vendaval al árbol,
y da un puñetazo en mi lengua para que hable.
Un hombre como yo dentro de mí viaja en mi sangre,
y sabe de fundaciones de ciudades, de riberas
frescas, de ríos lentos como el remar de los canoeros,
de calles y de casas idénticas al corazón del
hombre.
¡Ah más reales que el mar y las aves migratorias, el

espíritu despierto, el espíritu que vuelve amigo y
canta!
¿Quién nace espiga si antes no fue ciego grano?
El humo de la aldea tiene un rumor de árboles.

Y aquí recojo el dolor diseminado.

En el silencio de la hierba hallo la tinta y alzo mi
corazón como ante una piedra de sacrificios.
¿Qué importa que un hombre de la edad de bronce
y yo no nos hayamos conocido?
¿Qué importa, digo, si el tiempo en cada vuelta ya
no es tiempo?
Llueve sobre los templos de Afrodita, cae el sol vertical en
Memfis, la Cólquide resplandece y es más
hermosa en el crepúsculo, el peregrino se detiene
en Dodona, la del oráculo, Jerusalén tiene un cielo
de palomas, mientras la noche, ¡ah la noche!, se
derrumba sobre Tenochtitlan.
Todos los tiempos, todas las edades están aquí sobre
este mar, el más furioso mar, ¡oh siglos de agua!,
sobre este Mar de Cobre cuyos vientos basta el más
simple parpadeo para que empiecen a soplar del
lado opuesto.

¡Oh tiempo de la construcción y de las grandes migraciones
del espíritu! Hay mucho que contar, hay
mucho que caminar. La ira revolotea dentro de mi
pecho como un águila húmeda de sangre.
Amigos, yo he viajado mucho y demasiado lejos en
el mar, en la tierra y en mi alma; mis ojos han
visto la enfermedad, el hambre, los adioses, los espectros,
pero estos ojos han sido perseguidos por la
jauría de perras flacas llamada Espera.
Pequeño en la mediocridad, he sido grande en la
grandeza; caí en el amor y guardo aún memoria
de su más simple lenguaje.

Tiempo,
estoy cantando ahora porque sólo quien loa y canta
te destruye.
Con este puño de años, sobre esta piedra lunar escribo
lo que advendrá; sobre esta piel curtida de
morueco relataré cómo de peñasco en peñasco el
agua cae y desaparece.
Silencio. Suena el caracol hasta que los honderos
acaban de lanzar siete veces sus piedras a las siete
colinas estrelladas. Y así es como mi alma queda
escrita, tatuada y seca como el cuero de un enorme
tambor que han de batir mañana.
Silencio. El alcaraván canta a lo lejos.
Amigos, hermanitos pequeños, escriba de mi tiempo
llamadme.

IMPRESO EN MÉXICO IMPRENTA MADERO, S. A.